

XAVIER RUBERT DE VENTÓS

*Demonios
íntimos*



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Índice

Portada

1. La depresión como pórtico

TARDE EN CASA

LA VERGÜENZA Y LOS PAREADOS

EL APÓCRIFO Y EL DESCONCIERTO

LA FRATRÍA PURITANA

LAS PESADILLAS

EN VALLVIDRERA

HUMANOS, DEMASIADO HUMANOS

EN EL CONFESIONARIO

LA MUERTE DE MI ABUELO... Y LA MÍA

2. La dispersión como salida. Cóctel de «parties»

UNA CONFLUENCIA DESAFORADA

EL MOTORISTA, EL ZEN Y ROLAND BARTHES

EL TAXISTA, LA MUÑECA Y EL GAY

EL EMBAJADOR NO SE ENCUENTRA

REFLEXIÓN

3. La aventura: entre el riesgo y el erotismo

EN ESTRASBURGO CON SOTANA

OCTAVIO

«ET MAINTENANT LE GÂTEAU»

EN LONDRES, DE CRIADO A CLANDESTINO

EN PARÍS CON MIRANDA ROTHSCHILD Y EL SHA DE PERSIA

DE EMPÚRIES A HAITÍ: ENTRE LA PLAYA Y EL «DÉCHOUKAGE»

4. Borges como clausura

BUENOS AIRES, 1982: TRES DÍAS CON BORGES

Más que epílogo, excusas

Notas

Créditos

Este libro vengo a ser yo mismo en cuatro registros –dramático, irónico, erótico y onírico –y también con cuatro hijos.

El resto son más bien ficciones, figurantes o fantasías; todo es verdad pero nada es como lo cuento.

Participa también del dietario íntimo y del ensayo, se mueve entre lo íntimo y lo político, entre la meditación grave y la observación disparatada.

Su origen son los apuntes espigados de diecisiete libretas Enri. Tengo todavía más de cien por explorar, pero no sé si tendré tiempo ni ánimo para hacerlo.

El libro sigue vagamente un orden cronológico y otro temático, que con frecuencia se mezclan y se confunden: un popurrí, vaya.

Las páginas más antiguas están escritas en 1965, hace más de cuarenta años. No acaba de ser, pues, un texto de este siglo.

1. La depresión como pórtico

TARDE EN CASA

Llueve, pero no mucho. Se oyen un poco los pájaros y un poco más los camiones. El vecino de arriba rezonga, pero tampoco chilla como otros días. Suenan las campanas de Sarrià, que por unos momentos ensordecen la sinfonía de la radio y las vibraciones del ventilador.

Estamos en febrero de 1985. Llego de Estrasburgo y mañana me voy a México a dar un curso más, el sexto ya. Después he de pasar por Nueva York. No me hace ilusión ir, ni tampoco me desagrada. Tan sólo me da algo de pereza.

No soy joven ni llego a ser viejo del todo: estoy justo en medio de no sé qué. No tengo ninguna enfermedad, es cierto, pero la propia salud física se me antoja ahora como ese estado de bienestar transitorio que no presagia nada bueno. Tengo hijos medio adolescentes, a los que quiero más que a nada y con los que la semana pasada no acabé de entenderme.

Tengo también libros hechos y libros por hacer, pero estos últimos ya no sé si es *preciso* hacerlos. Serán, si son, libros mejores y menos cándidos que los anteriores (a menudo tan aplicados, tan convencidos ellos); pero siento que o bien me faltan ánimos para hacerlos, o bien es que me he cansado de esconder el huevo. De esconderlo, quiero decir, tras consideraciones teóricas sobre el arte y la pasión, sobre la modernidad o la política, sobre cosas lo bastante candentes para permitirme creer o hacer creer que son ellas las que de verdad me ocupan.

Lo cierto, no obstante, es que, hablando de estas cosas, lo que yo hago, lo que a menudo hacemos todos, es ahuyentar el pensamiento de que crear es duro, de que morir está justo a la vuelta de la esquina, de que amar resulta tan fuerte como arriesgado, ¡e igual de frágil! De ahí el prudente «amigos, nunca amores» de los estoicos o del Bhagavad Gita. De ahí que depositar el amor en *una* persona suponga comprar todos los números para acabar destrozado en cualquier esquina, en cualquier momento: cuando ella se vaya, cuando os deje, cuando se muera... O quizá no sea al cabo sino una muestra de la excesiva fragilidad capilar de mis sentimientos, que a poco que los frote, enseguida se irritan y supuran. A estas alturas, seguro que me convendría un poco de serenidad y algo de ese es-

toicismo de andar por casa que, según Pla, nos impide encaramarnos más de la cuenta; para no caer desde tan alto, se entiende.

* * *

Al viento, las ramas de la palmera dicen sí y las del pino dicen no. A esta hora del ocaso, el aire pierde luz, gana transparencia y se convierte en una luminosidad difusa que impregna el cielo y empieza a engullir las cosas. En Barcelona, además, cuando llega el invierno y el sol se pone por Sant Pere Màrtir, una luz horizontal, amarilla y precisa viene a dibujar los perfiles y sombras de cada ladrillo, de cada acera, de cada barandilla.

Mañana es miércoles, que es como decir martes. Ahora escribo porque no hay ningún programa que valga la pena en la televisión. Dicen que la gente lee menos por culpa de la tele o de Internet y seguramente es cierto. Pero es que también los escritores escribimos menos por el mismo motivo, de manera que no debemos preocuparnos más de la cuenta: la oferta irá adecuándose a la demanda. Además, yo ya he pasado mucho tiempo escribiendo deprisa y mal; ¡tal vez ahora he de aprender a hacerlo con más esmero y parsimonia!

Me siento algo angustiado, pero tampoco nada del otro mundo. De la depresión anterior salí hace ya tiempo, y sin prozac. De ésta quiero salir, además, sin los rasguños y aspavientos de entonces. ¿Cómo negociar, sin embargo, eso de volver a casa después de diez días de ir saltando de Estrasburgo a Londres o a Varsovia y encontrarme con que mis hijos se han ido de fin de semana dizque a la nieve? Hay a quien le gusta el mar o la montaña, quien prefiere la cerveza o el vino, las navidades o los arcos triunfales. Cada loco con su tema. A mí lo que me obsesiona son mis hijos. Pero debo hacerme a la idea de que ya son mayores, que el juego ahora es otro, que no puedo tenerlos como antes saltando sobre mis rodillas. «Al paso, al trote, al galope, al galope, al galope.» Y debo intentar no tomármelo a pecho. Al fin y al cabo todos sabemos que tener críos supone asegurarse también un desasosiego lento y desgarrador, seguro y de por vida. «De momento», me digo, «no hay que complacerse en la tristeza: la tristeza no sólo duele sino que estropea; nos marchita y nos deteriora.» Además, obsesionarse demasiado con los hijos es un auténtico peligro, sobre todo para ellos. Fijaos en cuánta libertad damos los padres al segundo o al tercer hijo, una vez que hemos agotado ya con el primero nuestras manías y obsesiones nar-

cisistas. Más de una vez he especulado con que el hijo mayor debería ser puramente experimental y «desechable», como las jeringuillas de usar y tirar. Una vez tramitadas y expurgadas en el mayor todas las manías, los padres podrían ponerse a fabricar niños normales, sin las presiones con que a menudo echan a perder al primogénito.

Pero ¿cómo distraerme en esta casa hecha trizas por dos adolescentes junto a sus amigos y ahora abandonada? Yo necesito cierto orden donde encajar y depositar mi desorden. Aunque lo cierto es que el mero deseo de orden me agota y me imposibilita crearlo. Trato, entonces, de crearme un pequeño nicho, pero cada vez, cada semana, la cosa resulta más difícil. Muebles de distintas series y cosechas se amontonan aquí y allá con la tapicería gastada, sin rastro del buen o mal gusto de una mano femenina que colonice la casa con fundas, tapetes o cortinas. Una confusión estrafalaria, casi grotesca, en un ambiente cerrado y viciado. Un desbarajuste de platos, cubiertos, zapatos (a menudo *uno*, el otro quién sabe debajo de qué mueble ha ido a parar), paraguas rasgados y ceniceros sucios; un calcetín desaparejado en la barandilla de la escalera, el tic-tic de un grifo que gotea y el hedor a basura. Sobre la mesa del comedor, una tirita usada con su mancha de sangre en el centro. En definitiva, un batiburrillo que parecería provisional de no ser por el redondel sin polvo que dejan los vasos sucios, o por la marca ya seca de los vasos medio llenos. Montones más o menos estables de libros, piezas de ajedrez y raquetas de bádminton; pilas de recibos, invitaciones, convocatorias, con algunas camisetas intercaladas que se distribuyen estratégicamente por las sillas, sobre el piano o simplemente en el suelo. Por supuesto, papel higiénico no hay, y el bidet sigue atascado desde aquel día, ya lejano, en que Gino metió por el desagüe una colección de lápices de colores Faber.

¿Qué hacer, pues? ¿Qué hacer para no dejarse agobiar por esa confusión estratigráfica, por ese entrañable caos doméstico? ¿Cómo escapar de la más convencional melancolía? Comiendo, quizá. Comiendo todo lo que encuentre o como algunas señoras que, en situaciones análogas, se hartan de bombones, se compran ropa o se van a la peluquería.

En todo caso, el panorama de la nevera –la nevera de una casa de hombres– es sencillamente desolador. Dos latas a medio consumir ya enmohecidas, tres ex huevos, tomates pochos, yogures caducados, un tarro de mostaza rancia y, eso sí, nueve o diez de esos Bollycaos que Gino almacena sistemáticamente. De forma maquinal,

me llevo uno a la boca, quizá por aquello de que el sabor evoca fácilmente a la persona a la que echas de menos. Lo muerdo: ¡qué asco!

Debo hacerme a la idea de que esta vez tendré que volver a marcharme sin haber visto a mis hijos.

Cogeré una vez más la vara de peregrino (que hoy es el Boeing 727) y seguiré practicando lo que se ha convertido ya en una vulgaridad: ir a dar una vuelta más por el mundo. En este caso se trata de organizar un encuentro en Washington al que deben acudir el presidente del Gobierno y tres o cuatro ministros. Después a China y Japón a negociar con el MITI. Acto seguido, reunir a los presidentes Havel, Arias y Walesa para acabar en la República Dominicana y luego en Cuba. Sin embargo, ahora que ya está todo planificado, me da una pereza infinita ir... ¿Por qué lo hago entonces? ¿Por qué no lo dejo de una santa vez? ¿Por qué me lío una vez tras otra hasta que acabo yendo como una lanzadera, rebotando de un sitio a otro?

Ya se sabe que la depresión, igual que la angustia o el resentimiento, tiene una rara perspicacia para ir descubriendo más y más motivos, más y más razones de su estado. Ahora viene a susurrarme que ya ni siquiera soy capaz de describir lo que percibo en mi entorno; ese entorno estrictamente administrativo y político en el que ahora me muevo. Cierto que podría encontrar mis excusas; podría decir, por ejemplo, que la estulticia de los gobernantes y la inercia de los funcionarios que me rodean todo el día, la obsequiosidad de los diplomáticos y el servil guirigay de los diputados, todo eso resulta imposible de explicar a quienes no han tenido que vivirlo. No obstante, el mío no es sólo un fracaso literario (así continúa y engrana sus temas la depresión); es también una derrota personal, un hundimiento íntimo. El hecho de ir escribiendo a tirones, entre ponencia y comisión; la falta de tiempo para metabolizar lo que veo y para elaborar lo que apunto, todo eso no sólo echa a perder la escritura, marchita también los deseos y las aspiraciones. Y al final embota los pensamientos, que se vuelven cada vez más expeditivos, formularios y miméticos de ese mundo; de un mundo que pretendían explicar pero del que, lastimosamente, acaban sólo siendo una réplica.

He aprendido todo esto; todo esto y más. Ahora sé que en este tiempo sincopado y desbaratado por la política, que en el ritmo aturullado con el que la política oculta su vacío, no hay manera de recuperar el aliento creativo de que me hablaba mi tío Joan Teixidor:

de recobrar «ese momento sagrado y difícil en que no hacemos nada y empezamos a hacer otra cosa».

* * *

Tal vez todo esto son sólo excusas, y ahora no quiero hacerme ilusiones. Seguramente mi mal no viene de fuera sino que responde a una *íntima* incompetencia. El hecho es que no acabo de encontrar la distancia intelectual y moral que la actividad política reclama. Quiero entenderlo todo, encontrar la razón de todo, o al menos su justificación. Manías de profesor universitario, sin duda. No he aprendido a contar con que las acciones y decisiones políticas suelen ser el resultado bastante aleatorio de cierto equilibrio de fuerzas y de intereses. Ahora debo hacerme a la idea de que en política se trata no tanto de convencer a la gente como de movilizarla, saber interesarla, hacerle creer que sus intereses están bien a cubierto bajo el programa que se les propone y en manos del líder que lo encabeza.

Ahora bien, esta carencia mía no sólo traduce la excusable deformación profesional de un profesor, supone también una grave incapacidad para aplicar a las cosas, a cada una de ellas, el nivel de atención, el grado de análisis que éstas requieren: ni más ni menos. Los intelectuales solemos carecer de ese tacto o delicadeza necesarios para describir respetuosamente las cosas, apenas acariciándolas. Nos falta ese arte que eventualmente nos permitiría coger un animalito o una fruta madura sin presionarlos más de la cuenta a riesgo de espachurrarlos. Casi siempre oprimimos demasiado, y nos encontramos en las manos únicamente el jugo, la ganga o la osamenta de aquello que sólo pretendíamos definir. No sabemos dar con el momento preciso en que deberíamos detenernos en la comprensión de los fenómenos a fin de no acabar violentándolos. A esta difícil probidad intelectual se oponen nuestras bajas pasiones teóricas, siempre sedientas «de explicaciones exhaustivas», «de análisis desmitificadores», preocupados como estamos por demostrar que, al fin y al cabo, «todo se reduce a...» (y aquí podéis poner lo que queráis: todo es Economía o Psicología, todo es Resentimiento, todo Sexo o todo Geoestrategia). A la postre –pienso– la vida respeta en algunas ocasiones nuestras teorías, pero con frecuencia acaba por burlarlas todas.

* * *

Más aún que esta incapacidad para encontrar el grado de cuidado y delicadeza necesario para *entender* el mundo, más aún me sorprende la escasa preparación que solemos mostrar simplemente para *sobrevivir en él...* Me explicaré.

Sé muy bien que casi todos nuestros automatismos y reflejos, desde la dilatación de la pupila hasta la descarga de adrenalina, parecen expresamente diseñados para protegernos de un peligro o de una agresión en ciernes. No obstante, a veces las cosas parecen ir precisamente al revés. Y mi depresión se encarga ahora de recordármelo para acabar de hacerme polvo.

—¡Id con cuidado, no corráis, no corráis ni llevéis a nadie de paquete! —les digo a mis hijos cuando los veo salir de estampida sin freno trasero ni retrovisor y derrapando con su Yamaha 50.

—Mira quién habla... —me contestó el otro día Albert montado ya en la moto, mientras acababa de abrocharse el anorak.

Y tenía razón. Es muy cierto que en los últimos años he chocado o me han atropellado un montón de veces, con un balance más bien negativo: la clavícula rota, siete costillas hechas pedazos, un fémur astillado y escindido en la pelvis, por el que han tenido que insertarme una barra de hierro que me ha dejado una pierna más corta que la otra... Pero no es verdad, ni por asomo, que yo vaya en moto tan a lo loco como mis hijos. Así iba, es cierto, pero cada día soy más prudente, más miedoso. Y eso es precisamente lo que me escandaliza y me lleva a pensar que los seres humanos no acabamos de estar bien diseñados ni evolucionados... (Ya he dicho que de estas «ocurrencias» la depresión sabe un rato largo.)

«¿Cómo es que la persona se va volviendo más prudente con la edad, cuando *tocaría todo lo contrario?*», me digo mientras trato de arreglar la cisterna del váter, que pierde. Al fin y al cabo, si yo muerdo en un accidente, apenas habré perdido diez o, a lo sumo, quince o veinte años de vida. Ellos, en cambio, si se matan en moto, se pierden cincuenta, sesenta, setenta..., quién sabe. Lo propio sería, pues, que fuesen más cautos quienes, como ellos, tienen más que perder, y más alocados los que menos vida arriesgamos. Pero de eso nada: los jóvenes se juegan la piel con santa alegría, y de ese modo van directos de la discoteca al cielo olvidándose de pasar por casa. Nosotros, en cambio, guardamos como un tesoro la poca vida que nos queda... Es lo que discutía un día con Albert.

—¿O es que no ves, Albert, la paradoja de que los años te vayan volviendo cada vez más prudente, más conservador? A menudo parece ser una «mutación no adaptativa».

—¡Huy, menudos términos utilizas! ¿Y por qué es una paradoja? ¿No podrías explicarlo con palabras más llanas?

—Pues muy sencillo: porque te preocupas más de conservar la vida cuando ya has cumplido tu cometido y sólo te queda la propina, apenas la calderilla.

—Tienes razón, y seguramente a tu edad ya no vale la pena dedicarse a conservar calderilla, ¿verdad?, o a preservar ese yo caducado y en conserva que aún acarreas.

—¡Hombre, hay formas y formas! El dicho pronostica que «los hombres son como los vinos: el tiempo estropea los malos y mejora los buenos».

—Pero tú no estás tan viejo, papá. No eres *lo bastante* viejo para haber adquirido un nuevo *bouquet*, mejor o peor.

—Decía Cicerón, y disculpa la cita, que para ser viejo mucho tiempo hay que empezar a hacerse viejo muy pronto.

—¡Ah! ¿Significa eso que has de querer hacerte viejo..., que has de proponértelo?

—Exactamente, y mira que no es nada fácil. De cada edad, de cada etapa de la vida, volvemos a ser aprendices, adolescentes: adolescentes de niño al principio, adolescentes de joven después, más tarde adolescentes de adulto y, por fin, adolescentes de jubilado. Y eso es lo que yo soy ahora: un adolescente de la tercera edad, un aprendiz de jubilado... Y no creas que de ese cambio se encarga la fisiología por sí sola. Es preciso habituarse a cada edad; no hay que prolongar los tics y los modos de la etapa anterior ni querer empalmar directamente con una posterior. Es una cuestión de dignidad, de sintonía entre el cuerpo y el alma. Tú mismo dices haber percibido el ridículo que hace el hombre de sesenta y cinco años con fular, el pelo teñido y el coche descapotable con señorita rubia incorporada. O, en dirección contraria, el patético compañero de clase que a los quince años ya sabe que será notario.

—Pues lo que es tú, papá, ¡no parece que hayas dedicado demasiado tiempo a lo de convertirte en un señor mayor!

—No creas, Albert. Yo, que nunca me había preocupado de vestir decentemente ni de moverme con dignidad; yo, que más bien iba de un sitio a otro deprisa y corriendo..., ahora intento llevar americana y aminorar el paso a fin de no parecer ridículamente juvenil.

—Con poco éxito, papá... —Pero con voluntad...

No sabría decir si la conversación fue exactamente así. Es probable que sólo se parezca remotamente. Ya se sabe que la memoria de lo vivido va quedando primero velada y después envuelta por los fantasmas del tiempo. Entonces ya no sabemos si habla nuestro recuerdo o si se trata de nuestro disco (*record* en inglés); un disco más o menos rayado por las sucesivas veces que lo hemos ido reproduciendo. No obstante, de una cosa estoy seguro: en aquella conversación no me referí a la cuarta edad, a la edad de la definitiva decrepitud. ¡Aún la sentía tan lejos...! Ahora, en cambio, cuando ya empiezo a notar su respiración en la nuca, ahora sí pienso en ella.

Pienso que la Naturaleza no debería permitir que llegáramos a esa edad en que debemos cargar sobre los hombros el peso de una vida muerta. De una vida, como decía Caterina Albert, «macerada y saturada de todas las evidencias»; de un rostro cuyos gestos han devenido surcos o pliegues permanentes, rígidos, que ya no dejan «pasar» la expresión facial y convierten nuestra cara en una careta; de una piel que se ha vuelto una fina película cuya única función parece ser el contener la masa de los intestinos o simplemente sostener –y resaltar– nuestra osamenta... Y todo eso por no hablar del dolor, el abandono, el miedo, la demencia o apenas esa sensación, como dice Caterina, «de que tanto da que estés como que no, y quién sabe si mejor que no».

No, no deberíamos llegar ahí, me digo. Pero de repente llaman a la puerta y me levanto de un brinco: ¿Tal vez los críos? No, es Joaquinito, el encantador vecino de siete años que viene a pedirme la pelota que ha caído en mi jardín. Al irse, me pregunta quién es el niño de la foto pegada en la pared. «Soy yo cuando tenía tu edad, quizá dos o tres años más», contesto. Cuando el chiquillo se marcha, me quedo plantado ante la foto, boquiabierto. Uno de los productos menos tóxicos que genera la depresión sazónada de soledad, el único no absolutamente envenenado, es la remembranza. La foto me devuelve la imagen de aquella cosa que yo era a los diez o doce años y a lo que *quería ser*: a *mi Vocación*. Y aunque no me gusta utilizar esa palabra –una palabra entre orsiana y clerical–, tengo que reconocer que algo así debía de vislumbrar ya a aquella edad. Pero ¿de dónde venía esa Voz, qué rezaba esa especie de llamamiento? Para muestra un botón –el que ahora sigue.

LA VERGÜENZA Y LOS PAREADOS

Hay cosas que quieres desde muy pequeño y que incluso sabes con absoluta exactitud *por qué* las quieres. Yo, sin ir más lejos, a los doce años ya sabía adónde quería ir a parar. Estaba decidido a ser dos cosas (además de futbolista, por supuesto): quería ser médico y padre de muchos hijos. Lo más sorprendente, sin embargo, es que era ya muy consciente de los motivos a un tiempo intelectuales y morales que me llevaban a desearlo.

El motivo digamos moral era muy claro. Yo no me fiaba de mí mismo (no más que ahora, vaya), de modo que necesitaba encontrar una profesión que fuera lo bastante beneficiosa en sí misma, un trabajo donde no se requiriese *ser bueno* para poder *hacer el bien*. «Si soy camarero, político o abogado tendré que ser bueno», pensaba, «a fin de no ser malo. Siendo médico, en cambio, bastará con no ser del todo un mal bicho para que mi trabajo resulte de algún modo provechoso.» Soldar un hueso, aliviar un dolor, sanar a un niño, todas esas cosas eran un bien que podría ir haciendo *ex officio*, casi de forma maquinal, sin tener que contar con mis buenas intenciones ni exquisitos sentimientos. Lo cual no significa que por entonces me chupara el dedo, ni mucho menos. De sobra adivinaba que con la medicina se podía hacer mucho daño. Pero para hacerlo había que ser también *muy malo*, y mi pusilanimidad parecía protegerme de todo exceso, incluso de un exceso de malevolencia.

El libro de filosofía del colegio aludía a Kant y a su «imperativo categórico». Según el imperativo kantiano, para ser buena, buena de verdad, una acción no sólo ha de *estar de acuerdo* con el deber, sino que debe realizarse *por puro sentido* del deber, por estricta buena voluntad. «Pues eso es exactamente lo contrario de lo que yo busco», me dije. «Lo que yo quiero es un trabajo que, sin tener que contar con mi buena voluntad, tenga efectos razonablemente provechosos.»

El deseo de tener hijos venía a ser lo mismo, pero la razón era aún más transparente. Yo veía –o creía– que incluso la gente más cerril y bruta se mostraba pasablemente tierna con sus hijos. «He aquí», me dije, «una tarea que la buena voluntad lleva bajo el brazo. Ni siquiera hace falta ser buena persona; basta con ser padre para ser más o menos un buen padre.» (Y también aquí mi escaso valor

parecía obviar el peligro de que yo llegara a ser una excepción, un *pésimo* padre.) El amor a los críos puede ser una especie de casto erotismo que no se agota, un éxtasis milagrosamente sostenido y sin rastro de anticlímax, una *post coitum laetitia* que, sin duda, también acabará mal, acabará mal como todo. Pero ¿qué otra cosa podemos esperar de este mundo?

Éstas eran las razones a un tiempo morales y sensuales de mi «hijismo». Ahora bien, ¿cuáles eran los motivos o razones intelectuales? ¿Y cómo es que venían a coincidir con mi «vocación» médica?

De hecho, a mí nunca me han seducido disciplinas como la astrología o la ingeniería. Quiero decir que no me atrae ni lo necesariamente críptico o misterioso ni tampoco lo exacto o preciso; aquello que tal vez no sepas aún pero que basta con que te pongas de verdad a ello para acabar averiguándolo. Me interesa, en cambio, lo que llego a entrever o controlar pero sólo hasta cierto punto... y sin dejar nunca de sentir que me enfrento a algo que *sobrepasa* mi propia comprensión o habilidad, y que no es estrictamente su producto. Igual que Atenea nace ya adulta de la cabeza de Zeus, la teología nace entera de nuestra imaginación, y la matemática de nuestra razón. Ambas constituyen su fruto, su producto, más que su objeto. Por eso no acaban de interesarme. Lo que sí me seduce, en cambio, son precisamente las cosas que están *ahí fuera*, que llego a adivinar pero jamás llego a entender del todo ni soy capaz de producir. Ni autor, pues, ni mero espectador, apenas parte integrante de lo que me pasa a flor de piel.

¿Como por ejemplo...? Por ejemplo, los procesos de mi cuerpo, que si todo va bien ni siquiera experimento: «Ser feliz», pienso, «es saber visitar serenamente los propios límites, es habitar sin reticencia la propia fragilidad; es dejarse llevar, arrastrado pero dichoso, por ese río, por mucho que sepamos demasiado bien dónde acaba.»

He aquí por qué era la Vida –esa confluencia de cuerpo y alma que los padres generan y el médico repara– lo que constituía el objeto absoluto de mi interés, el origen de mi primer hechizo. La vida como algo que podía transmitir, que incluso podía estudiar y manipular, pero que siempre sobrepasará lo que yo sepa de ella, lo que quiera o pueda hacer con ella. El ingeniero fabrica una máquina con todas sus piezas; el padre o el médico, por el contrario, se limitan a encauzar o hacer bascular un proceso que tiene *su* lógica, *su* hito, *su* ley. Por eso, y por extraño que a mí mismo me resulte, son los hijos, sólo los hijos, lo que siento como *obra* mía, y precisamente porque no son mi producto. Nada parecido siento, en cambio, respec-

to de mis libros o mis discursos, que se me parecen demasiado; que suponen una réplica, más que una continuación, de mí mismo; que son, en el mejor de los casos, mi caricatura. Es por mis hijos y sólo por ellos por lo que, cuando muera, mi ataúd no me será propicio. Con una sola imagen de ellos que pudiera llevarme, pienso que la caja ya me resultaría habitable.

Ahora bien, sentirse generador de hijos supone también sentirse producto de abuelos y tatarabuelos en esta cadena de montaje que acarrea la vida. Sé que mis gestos, mis amores y humores, las manos pequeñas y el cuello grueso, la erre que no sé pronunciar, las mujeres que me gustan y las que no, sé y siento que todo eso me viene de alguna manera dado y maleado por padres, abuelos y tatarabuelos, a la mayoría de los cuales no he conocido. Que no he conocido y que sin embargo transporto; que por mi boca hablan y ríen, que por mis ojos miran y lloran, que con todo mi cuerpo desean. Cosas todas ellas que pasan por mí, que literalmente me *traspasan*, que se producen en este *lugar* o encrucijada que soy yo. Un yo al que debo convoyar piadosamente, mientras sigo los caminos que me abrieron sus pasos; mientras sigo hablando con devoción y sin demasiada atención la lengua que nos cultivaron y que todavía hoy va tirando en boca nuestra.

Pero esta piedad hacia los antepasados se mezcla enseguida con la vergüenza e incluso con el escándalo ante «esa gente que prosigue en mi carne, oscuramente, mis humores, rigores y temores», como más adelante veremos que dice J. L. Borges.

«Y menudos granujas debíais de estar hechos», me digo ahora, «si todos estos afares sórdidos y mezquinos que llevo dentro sois vosotros quienes me los habéis pasado y son, nunca mejor dicho, "marca de la casa". ¿Y cómo, sin todo ello, habríais podido acumular las tierras y chuparles el dinero a los pobres campesinos de la Garrotxa desde el siglo de las luces y las sombras? Siento que mi existencia os delata: *mes ancêtres, mes semblables, mes frères*. ¿Y cómo no se os cae el cráneo de vergüenza? ¡Así que vosotros sois la matriz de estas envidias y resentimientos, de estos deseos perversos y secretos, secretísimos, por los que a mí sí se me cae el alma a los pies! De manera que mis abuelos eran capaces, como yo, de... Pero ¡qué cínicos y cerdos debíais de ser», acabo pensando, «si, en el fondo, yo soy de vuestra calaña.»

He dicho que toda clase de fenómenos más o menos «biológicos» me seducían, aunque he olvidado añadir que ante todo me an-